

# LA LUZ DEL PORVENIR.

SEMANARIO ESPIRITISTA.

PRECIOS DE SUSCRICION	LA REDACCION Y ADMINISTRACION:	PUNTOS DE SUSCRICION.
Barcelona: un trimestre adelantado. 1 ptas. Fuera de Barcelona: un año, id. . 4 ptas. Extranjero y Ultramar: un año, id. 8 ptas.	<b>Baja de S. Pedro, 30</b> Se publica los Jueves	En Lérida, Administracion de El Buen Sentido, Mayor, 81, 2.º Madrid: Barquillo, 5, pral., int. -Alicante: S. Francisco, 28, du.

## SUMARIO.

De la vida monacal.—El mejor convento.—Los conventos mirados con el telescopio de la razon.—  
A Josefa Martinez.—Nos acercamos, (poesía.)

La Prensa ultramontana de Tortosa, puso el grito en el cielo, por un artículo sobre la *vida monacal* que publicó un periódico satírico de aquella ciudad; y como los semanarios católicos se permitieron ciertas apreciaciones de no muy buen gusto, justo es hacerles comprender, que las mujeres racionalistas abundan; y en prueba de ello, para que vean que no es Matilde Fernandez la única que no está conforme con la vida del claustro, publicamos dos artículos sobre el mismo asunto, y así se convencerán que el racionalismo va echando raíces, ¡ya era tiempo!; y para soláz de nuestros lectores, publicamos tambien el artículo que ha causado tanto enojo á los ultramontanos.

## DE LA VIDA MONACAL.

Ser fraile ha sido y es aún uno de los mas bellos ideales de algunas personas que aspiran á los goces de una vida, tranquila y sosegada, sin aceptar ninguna de sus luchas ni en el hogar, ni en la sociedad. El labrador trabaja penosamente la tierra para que produzca frutos; el militar expone su vida tras las trincheras con el fin de defender la patria; el científico busca soluciones que contribuyan al progreso de la humanidad, y por fin, todos, quién más, quién menos, sostenemos rudo combate para educar la familia que nos hemos creado, á fin de que cada uno de sus miembros sea útil á los demás; pero ser fraile, recoger frutos sin sembrar, gozar de bienes y derechos bajo el dominio de un patricio ó de un extranjero, aprovecharse de todos los adelantos en pró de la comunidad, sin haber discurrido ninguno, abandonando al láico todas las culpas de la fraternidad reservándose el celibato. ¡Oh! háblenme ustedes de ser fraile con la buena vida que sabe darse, con su bodega bien repleta de los mejores vinos, su despensa adornada de sabrosos salsichones y jamones, todo adquirido con el sudor nó del trabajo, sino de la mendicidad.

En todas los países y en todas las épocas, han existido individuos que han querido vivir sin trabajar; ¡es tan dulce la ociosidad! Los conventos no son, pues, cosa propia del cristianismo, como algunos pudieran creerse. En la India, cuna de la humanidad, vemos ya constituido el comunismo; los paganos continuaron con él, y no es más que al final del siglos IV que lo vemos por primera vez en Occidente. El primer convento ó ensayo de convento, tuvo lugar en Roma bajo la direccion de San Atanasio; parece que el pueblo no lo acogió muy bien, á pesar de lo cual, un siglo despues, vemos los conventos multiplicarse extraordinariamente, llegando á un número y esplendor desconocidos en Oriente.

Dicenos la historia, que el estado de tinieblas y desórden en que se hallaba sumida la sociedad, contribuyó á esta propagacion. Los medios de existencia no estaban tan seguros como ahora, (aunque tambien hoy dia se bambolean), no habia garantias para el comercio, para la industria; los nobles, ricos en pergaminos, pobres en metálico, miraban como deshonra el trabajo que proporciona el medio de subsistir, y así lo más cómodo y sencillo, era meterse en un convento donde la olla estaba siempre asegurada. Sin embargo, seríamos injustos si no reconociésemos los beneficios que los conventos reportaron á la sociedad durante la Edad Media. Las propiedades que los reyes distribuian á los monjes eran campos inmensos sin cultivar, ellos los trabajaron convirtién-

doles en productivas tierras; además en aquellos tiempos de crasisima ignorancia, la poca ciencia que existia, se hallaba entre los frailes; á ellos debemos una porcion de manuscritos que solo su paciencia podia copiar, empleando en este trabajo los meses y los años; despues, reinaba tambien entonces grandisima miseria y ellos socorrian las necesidades del pueblo distribuyéndole la sopa. Todo esto son ventajas del sistema monacal, que bueno era aprovechar cuando se necesitaban; mas hoy que esta necesidad ha desaparecido, no comprendemos ese continuo acrecentamiento de conventos que invade nuestro país y amenaza convertirlo en un estado esencialmente clerical, donde no habrá más que una vasta congregacion de frailes y monjas. Hoy la Edad Media ha concluido; á sus épocas de barbarie y de oscurantismo, vanse sucediendo las luces de la civilizacion; la ciencia no es patrimonio exclusivo de unos pocos; el libro, la entrega, el periódico, la difunden entre las masas; hay más sentimiento de justicia por parte de nuestros soberanos; somos más independientes y no es tanta la pobreza, que hayamos de recurrir á un convento para una triste sopa, pues los cuarteles la tienen en bastante abundancia para darla á los chiquillos que van á pedirla, más porque no los acostumbran al trabajo, que por una verdadera necesidad; de manera que los socorros y beneficios que podian prestar los conventos, son cada dia ménos útiles, aún diremos más, son perjudiciales á una nacion. Todo el mundo reconoce que las comunidades religiosas, son gravosas para el país; y todos saben tambien, que para practicar la virtud no es menester encerrarse entre cuatro paredes, vestir sayal, guardar el silencio y hacer voto de castidad; este género de vida está en contra de las leyes de la naturaleza, y lo que tiende trastornar la armonía y el equilibrio establecido desde un principio por el Criador, no puede ser agradable á los ojos de Dios; la mortificacion de la carne ningun bien produce al alma, muy al contrario, entorpece sus libres manifestaciones ya en sentido moral, ya en el intelectual; debemos cuidar de nuestro cuerpo por ser cosa dignísima como todos los dones que hemos recibido de nuestro padre comun; el que quiere ayunar á fin de hacer actos meritorios, ayune, no de manjares, sino de sus pecados: abata su orgullo, mortifique su amor propio, declare guerra á su pereza, no deje tregua ni paz á ninguno de sus vicios, esto será un verdadero ayuno, muy laudable y muy útil por cierto. Convencidísimos estamos de que la fé sin las obras es muerta, pero obras que redunden en bien nuestro ó de nuestros semejantes; por lo tanto, ¿de qué sirven los castigos que á la materia se imponen? De nada. ¿Acaso es ella la responsable de nuestras acciones? Si esto creyera quien se azota por no haber resistido á una tentacion, fuera anti-religioso, anti-cristiano, y se convirtiera en un verdadero escéptico, en un materialista, que negaria las facultades del alma misma.

Mucho se ha escrito sobre la cuestion que hoy nos ocupa; la inutilidad de un individuo que ni crea, ni se reproduce, que no multiplica los talentos que ha recibido sino que á semejanza de aquel servidor de la parábola de Cristo, los encierra, que no paga su tributo á la naturaleza, procreando seres iguales á él, para continuacion y sostenimiento de la raza humana, está demostrado hasta la saciedad por la ciencia y por la filosofía. ¿Qué importa se nos diga que estos hombres y estas mujeres, dedicándose á tan rara vida, lo hacen á favor de la humanidad, á fin de rogar por ella para que se salve? Este argumento poco sério, creido solo de niños y de ancianos, se derrumba por completo ante la lógica afirmacion de Cristo cuando dijo: «A cada uno segun sus obras.» Suponer que Dios puede aceptar el sacrificio de uno de sus hijos como reparacion de las faltas de otro, es tener una pobrísima idea de la justicia divina; los hombres lo hemos humanizado todo: así como los poderosos de la tierra reparten gracias y mercedes á quien les place, así hemos creido que obraba Dios; le hemos atribuido todos nuestros sentimientos, buenos ó malos. Pero desechadas, aunque muy brevemente, las razones que en pró del monaquismo, se podian exponer, ¿son verdaderos los cilicios, los ayunos, las mortificaciones, etc.? La práctica diaria nos lo dirá. Las monjas claustradas se nos presentan flacas, con una tez amarilla, un semblante nada risueño, una mirada sombría y á pesar de estas señales exteriores, todo nos induce á creer que son mas bien causadas por las luchas morales que por las privaciones físicas. Léase una obra titulada *La Monja*, escrita por un abate que no nos dijo su nombre, y se verá cuál es la vida interior del monasterio, cuánto dista de la virtud, cuánto de la perfeccion. Sin hablar de los escándalos que la historia ha consignado, y que la prensa nos refiere diariamente, puede decirse que las monjas poseen todos los defectos mujeriles, todas las mezquindades del sexo bello y poco instruido y ninguno de esos relevantes sentimientos que tanto encantan y cautivan en la mujer; algunas creen de buena fé que el convento es el sumo bien, que por el mundo no se encuentra sino mal, y entonces embebidas en una continua oracion, en un éxtasis perpétuo llegan á alcanzar cierto grado de estupidez que las hace medio felices, mientras que las otras, más infortunadas, conservan serenas sus facultades y nutren su alma con pequeñas intrigas, rivalidades, en-

vidias, que logran poner la disension en la comunidad, y estas pequeñas querellas son su única distraccion, su único goce. Tristísima es en verdad la condicion de estas pobres mujeres arrebatadas á la familia, á la sociedad, á la naturaleza misma; languidece su cuerpo entre negros paredones, y languidece tambien su alma, que en aquel estrechísimo círculo no es posible se desarrolle ninguna de sus potencias, de sus facultades, y ¡pensar que tal abdicacion no sirve para nada ni á nadie!

Muy á la ligera hemos hablado de las monjas; veamos si los fraile son tan desgraciados.

Los hombres son más libres que las mujeres; esta misma libertad les dá un semblante más alegre; ved los frailes, todos están regordetes y rollizos, parece que todos ellos respiran salud. No en balde reunen estas condiciones físicas; sabido es que los frailes son amigos de comilonas, vinos generosos, y su glotonería es proverbial; como prueba de ello citaremos aquel conocido cuento, no sé si falso ó verdadero, que nos refieren como en un convento de cartujos, los frailes reventaban de puro hartos; reuniose un consejo á fin de etenuar tamaña desventura y se propuso acortar la racion como único medio de salvacion; pero el reverendo prior cortó la discusion diciendo: «Carnicera por barba caiga el que caiga» De aqui se desprende, que la templanza frailuna siguió engullendo tres libras diarias de carne, de manera que no hay porque admirarnos de la gordura de los frailes, pues ya trabajan para alcanzarla. Otro defecto peculiar á la gente de hábito, y que para ella es una principalísima virtud, es la de ser muy pedigüena. Pides mas que un fraile, suele decirse á una persona importuna, tan conocido es el espíritu de los frailes de adquirir sin ningun trabajo; ellos son dueños de riquezas inmensas; provienen de donativos; ellos poseen derechos que no han sabido conquistar para su provincia el más fino diplomático; ellos, en fin, disfrutan de la abundancia en medio de la miseria general; puede haber en una comarca trichina, filoxera, esto no es en perjuicio de sus despensas, ni de sus bodegas. Dirásenos, talvez, que la mendicidad es una virtud, porque es hija de la humanidad. Ya hemos sentado ántes que esto era un defecto y mas aún, un vicio engendrado por la pereza. La mendicidad es á todas luces contraria á la civilizacion, es un atraso, una inmoralidad que reconoce su causa en la holganza; en los paises adelantados se ha desterrado la mendicidad, se ha hecho bien: Dios santificó el trabajo, Cristo tambien, los apóstoles predicaban la buena nueva, pero de su trabajo vivian.

Nadie puede alegar razones en contra de la religion del trabajo, porque todo en la creacion está sometido á una actividad asombrosa. Giran los planetas con vertiginosa rapidez alrededor de los soles, que tampoco están inmóviles; ruedan los satélites arrastrados por los cuerpos planetarios; describen los cometas caprichosa carrera; atraéuse las moléculas afectando infinitas y variadas formas; recorre el infusorio su diminuta gota de agua; constrúyense viviendas y buscan luchando su cotidiano sustento, los animales, y en esta red armoniosa de trabajo que á todos envuelve, sólo el hombre se cruza de brazos, mira el cielo y espera el maná, no de Dios sino de los demás hombres, compañeros suyos que tienen á la vida tanto derecho como él; el que vive, pues, á espensas de su hermano perjudica altamente la sociedad.

Terminaremos este ya largo artículo, que no encierra sino ligerísimos apuntes, con una cita del antes mencionado abate, y que nuestros lectores encontrarán en *El Maldito*: «cuando veo en las gradas de la Iglesia el obrero que dá el brazo á la jóven con quien acaba de casarse, digo para mi: hé aqui un hombre que ha hecho voto de pobreza.

Y la jóven menestrala que teme los trabajos y penas del matrimonio, que ha visto en derredor suyo y á veces en su familia, los tormentos de una vida en que con harta frecuencia hay que temer el hambre del dia siguiente, esa que vá á profesar en un convento, hace voto de ser rica, bien segura está de no padecer hambre hoy, mañana, ni nunca.»

Aplique el lector estas palabras á los dos sexos, y habrá hecho un resumen de la vida monacal.

MATILDE FERNANDEZ DE RAS.



## EL MEJOR CONVENTO.

---

Entre los periódicos que ven la luz en Tortosa, se publican tres semanarios, «El Correo de las familias», «El Semanario de Tortosa» y «El látigo». Este último publicó el 28 del

pasado Abril en su hoja literaria, un artículo de la joven y entendida escritora D.<sup>a</sup> Matilde Fernandez de Rás, bajo el epígrafe: *La vida monacal*. en el cual, pinta con vivos y bien combinados colores el cuadro de las comunidades religiosas.

Estamos muy conformes con las apreciaciones de Matilde, y creemos que todas las mujeres debian ser libre pensadoras; pero no le sucede lo mismo a los redactores de los semanarios tortosinos porque ambos periódicos en sus números del 30 de Abril contienen unos sueltos, qué ¡valganos Dios! no tienen ni una letra de desperdicio: el uno habla de *indecencias* y de *inmundicia*; y el otro increpando á la autora del artículo exclama:

«¡Desgraciada! tu mayor enemigo no podia desearte mayor castigo, que el ver llevadas á la práctica las ideas que en su artículo vierte: la mujer volveria al mismo estado de que la sacara el cristianismo; no constituiria mas que un mueble de lujo y recreo que se arrojaria muy léjos tan luego cómo se presentase el hastio. Medite la infeliz articulista sobre las consecuencias de sus doctrinas, y comprenderá la desdichada suerte que le esperaba.»

¿Y por qué? ¿acaso la mujer fué creada para la vida estéril del claustro? Nó; fué dada á el hombre para servirle de compañera, para ser la madre de sus hijos, porque sin la union de ambos sexos la reproduccion de la especie humana no puede verificarse.

En todas las demás especies vemos esa misma atraccion, esa poderosa necesidad, y en el hombre y en la mujer existen esas sensaciones naturales superiores á todos los votos, á todos los cilicios y maceraciones. ¡Martirios estériles! sufrimientos infecundos! porque anonadan el cuerpo sin purificar el alma.

¿Qué doctrina defiende Matilde que no esté dentro de la lógica y de la razon? ¿De que sirven las monjas y los frailes en el mundo? ¿Qué otra cosa son sino plantas parásitas que viven sobre la sociedad? ¿qué sacrificios se imponen? ¿qué mejoras llevan á cabo? ¿á quién son útiles? A nadie; el mejor convento de la mujer es su casa, lo mismo que para el hombre. ¿Dónde hay un cuadro más hermoso y más edificante que un matrimonio unido por el amor? Trabajando juntos, pensando juntos, afanándose para educar á sus hijos, dando vida á su patria, porque los pueblos sin habitantes son inmensos cementerios, y la animacion se la dan sus pobladores? ¿Cuándo la mujer está mas honrada que creándose una familia? ¿Cuándo está mas salvada de las liviandades humanas que guardando fidelidad á su esposo? ¿Qué es la mujer sin la sombra de su marido? Un juguete de la sociedad. ¿Qué han hecho las religiones de las mujeres? Convertirlas en dóciles instrumentos, nada mas; en autómatas sin conciencia de sus actos.

¡La mujer! que es el calor de la vida!

¡La mujer! que es la sonrisa del mundo!

¡La mujer! que es el arca santa que guarda en su seno á los mártires y los génios!...

¡La mujer! que es la sacerdotisa de la familia!

¡La mujer! que es el complemento del hombre! como este lo es de la mujer, ¿cómo ha de cumplir esta su gran mision separada del hogar doméstico? Si el convento para la mujer es su casa, y su mejor oracion es cuidar de sus hijos y de su marido; y la que no se crea familia propia, nunca le faltan parientes más ó menos lejanos á quienes puede ser útil y sobre todo, ¿qué mas parientes que la misma humanidad? Para educar á los niños, para cuidar á los enfermos y servir de sosten á los ancianos, nadie tan apropósito como la mujer. Así es, que todas las mujeres hacen falta en el mundo, mientras que en los claustros no son útiles á nadie: las oraciones no le reportan á la humanidad ningun beneficio. Victor Hugo dice, que el que trabaja ora, y es la verdad, el trabajo es la oracion de la ciencia; y la oracion rutinaria es el entretenimiento de la ociosidad.

Respetamos todos los ideales, todos, pero no dejamos de conocer que la vida menástica es la mas improductiva y la mas perjudicial para la mujer; porque todo lo que es contrario á las leyes de la naturaleza altera su salud, y de cuerpos enfermos no se puede esperar nada bueno.

La humanidad necesita acrecentarse, no disminuirse, y los conventos son la muerte de la familia y la tumba de la civilizacion. Si en la edad media servian los monasterios de refugio á las ciencias, en el siglo XIX hay Academias, Universidades, Institutos, Ateneos, Asociaciones científicas: los monjes del progreso no necesitan encerrarse en una celda para entregarse á sus investigaciones y á sus análisis, tienen el convento del universo que es el monasterio de Dios.

Y no se crea que pensamos así por mero capricho, es la historia la que nos dice los gravísimos inconvenientes que tiene la vida monástica.

¿Pueden los votos religiosos dominar por completo las exigencias de nuestra misma condicion. No; y si muchas mujeres, (queremos conceder que sean en gran número) consiguen vivir en santa continencia, ¿para qué sirven, preguntamos, estas vírgenes tristes? sin consolar al hombre en su fatiga, sin cerrar los ojos de sus padres, sin inculcar en los niños el amor á Dios, sin llorar con el desvalido, sin trabajar en provecho del prójimo, encerradas en un profundo egoismo? ¿es esta la mision de la mujer? Nó; por que la mujer es la encarnacion del sentimiento; y si en su soledad no consigue cumplir religiosamente con todos sus votos, ¿qué le sucede? ¿á qué da lugar este celibato? La historia nos responderá. Veamos lo que dice Llorente en sus *Registros de la Inquisicion*, tomo IV, de la traduccion francesa, página 30—32.

«Habia en las Carmelitas de Lerma, una beata tenida por santa, la madre Agueda á quién iban á visitar de los paises vecinos, al objeto de hacerle curar á los enfermos. Un convento fué fundado en el lugar que tuvo la dicha de verla nacer, en la iglesia del cual

habia su retrato colocado en el coro. Allí, curaba á cuantos lo solicitaban, aplicándoles ciertas piedras milagrosas que evacuaba, decíase, en medio de unos atroces dolores, semejantes á los del parto. Estos milagros duraron veinte años; á la larga, difundióse la voz de que aquellos dolores eran efectos de partos reales. Habiendo verificado la inquisicion de Logroño una informacion en dicho convento, detuvo á la madre Agueda, é interrogó á las demás religiosas, entre otras una sobrina de aquella, llamada Vicenta. Esta, confesó sin embajes el comercio que tanto su tia como las demás, y aun ella misma, sostenian con el Provincial de los Carmelitas, el Prior de Lerma y otros religiosos de alto rango. La Santa habia parido cinco veces, y su sobrina fué quien enseñó el sitio en el cual los recién nacidos eran muertos y enterrados antes de que abrieran sus ojos á la luz, siendo efectivamente, encontrados sus esqueletos en el lugar designado por aquella.

»Otra cosa no menos horrible es que, aquella jóven religiosa, enclaustrada desde la edad de nueve años, criatura sometida por su tia á aquella vida extraña, careciendo de toda clase de conocimientos, creia firmemente que aquella era la vida devota, la perfeccion, la santidad, y caminaba por esta via con una seguridad admirable, fiada en la palabra de sus confesores.

El gran doctor de estas religiosas era el Provincial de los Carmelitas, Juan de la Vega. Este era quien habia escrito la vida de la beata, quien habia compuesto sus milagros, quien habia tenido la maña de hacer de ella una Santa festejada y glorificada en vida. El mismo, era casi un Santo en opinion del pueblo. Los frailes aseguraban que despues del bienaventurado Juan de la Cruz, no habia habido en España, un hombre tan austero, otro penitente como él. En razon de la costumbre establecida de designar á los mas ilustres doctores con un sobrenombre (el Angélico, el Seráfico, etc,) se le llamó *el Extático*.

Mucho mas fuerte que la beata, la cual murió, resistió las preguntas que se le dirigieron, sin confesar nada, salvo el haber recibido el importe de once mil ochocientas misas que no habia aun celebrado, siendo puesto mas tarde en libertad para ser enviado al convento de Duruelo.»

Como se vé, no somos nosotros los inventores de estas horribles historias, y hasta nos repugna ocuparnos de semejantes episodios; pero ante la PROTESTA que formula el *Semanario de Tortosa* diciendo que le dá vergüenza estampar el nombre que suscribe un artículo publicado por el desdichado periódico, «*El látigo*»; y que en dicho escrito se amontonan desvergüenzas y supinos errores, justo es que levantemos nuestra voz, no para ponernos al lado de la jóven escritora, porque el que mucho vale, no necesita defensores, sino para demostrar que los conventos no son útiles en nuestra época, en ningun sentido que se mire esta cuestion; y que en muchos de ellos se han representado dramas y tragedias porque era preciso que así sucediera; que como dijo Séneca, «El perjurio es una necesidad cuando el juramento fué un crimen.»

No acusamos no, á esas pobres mujeres fanatizadas encerradas entre cuatro paredes, tratando con la intimididad del alma á su confesor, que es el todo de las comunidades religiosas; y la intimididad entre un hombre y una mujer, puede ser espiritual cuando la nieve de los años ha dejado sus copos sobre sus cabezas, cuando su frente se ha surcado por hondas arrugas, cuando el cuerpo pierde todos sus atractivos; pero mientras la juventud ostenta sus rosas en las mejillas de la mujer, y el fuego de la vida en la penetrante mirada del hombre, si muchos religiosos resisten á esa prueba, si algunos tienen suficiente fuerza de voluntad para dominar sus pasiones, en cambio.... ¡cuántos son vencidos! y caen.... y la inmoralidad mas afrentosa los abrumba con su enorme peso; y para demostrar que nos apoyamos en hechos, veamos de nuevo lo que dice Llorente en sus *Registros de la inquisicion* (tomo III. c. XXVIII., art. 2.º, edicion 1817.)

«Llorente, cuenta, que siendo secretario de la inquisicion compareció ante aquel tribunal un capuchino que dirigia una comunidad de beatas, á las cuales habia seducido casi en su totalidad, persuadiéndolas que por ello no abandonaban absolutamente el camino de la perfeccion. A cada una de ellas les decia en el confesionario, haber recibido de Dios una gracia especial: «Nuestro Señor, decia, se ha dignado aparecérseme en la hostia y me ha dicho: Casi todas las almas que tú diriges me son en extremo agradables, pero sobre todo la de (aquí el capuchino nombraba á aquella á quien estaba hablando.) Ella es en extremo perfecta, tanto que ha logrado vencer ya todas las pasiones, salvo la sensualidad, que la atormenta todavía fuertemente. Queriendo que su virtud reciba su correspondiente recompensa y me sirva tranquilamente, te doy el poder de dispensarla para que pueda usar solamente contigo; sin que tenga necesidad de participarlo á ningun confesor; esto seria completamente inútil, puesto que mediando semejante dispensa no puede por ello pecar.» De entre las diez y siete beatas de que se componia la comunidad el intrépido capuchino dispensó á trece de ellas, que fueron en extremo discretas durante largo tiempo; una sin embargo cayó enferma, y al llegar á las puertas de la muerte, descubriólo todo, declarando que nunca habia creído en semejante dispensa, por mas que se hubiera aprovechado de ella. Si el culpable hubiera sencillamente confesado el hecho, hubiera sido absuelto, mediante una ligerísima pena; la inquisicion era, dice Llorente, en extremo indulgente para este género de delitos. Pero al confesarlo sostuvo que habia obrado bien, puesto que tenia para ello poder de Jesucristo.» ¡Qué le dijeron ¿es verosímil que Nuestro Señor se os apareciera para dispensaros de un precepto del Decálogo?—Tambien, replicó el capuchino, dispensó á Abraham del quinto precepto al ordenarle matar á su hijo; así como á los Hebreos, del séptimo, al mandarles robar á los Egipcios.»

¿Han sido todos los conventos *islas morales* como los llama un gran orador de nuestros

días? Creemos que no. Por esto repetimos que tanto el hombre como la mujer, el mejor convento que pueden elegir es su casa, donde pueden vivir dentro de la ley moral sin escándalos ni sacrificios estériles; y si se mira la utilidad general de un país, veremos en la historia que los conventos han esquilado á los pueblos; en España tenemos la prueba.

En esta hermosa tierra donde florecen los naranjos, habia en los siglos XVII y XVIII 3126 conventos, que dieron de gasto al Estado en aquellos 200 años 61000 millones. ¿Y qué se consiguió con esto? La ruina de la nación, su despoblacion completa, porque desde que se inauguró la política de intolerancia religiosa, España perdió sus talleres y los reemplazó con hospitales; y con la historia en la mano pudiéramos citar todos los perjuicios que han causado las comunidades religiosas, que si fundaron hospicios y asilos es porque antes crearon los pordioseros.

Afortunadamente la mujer ya no es la sierva de los pasados siglos, comprende perfectamente que su mision no es vegetar dentro de un monasterio, y aun que no faltan alucinadas que abandonan su hogar, con todo, aun en las mismas instituciones religiosas se nota el progreso, porque vemos muchas asociaciones de mujeres, que si bien viven en comunidad, pero sirven para asistir á los enfermos, trabajan, enseñan, hacen algo útil y esto ya es un adelanto.

Es indiscutible que el progreso se abre paso á través del fanatismo religioso, y las mujeres salen de la crisálida del oscurantismo para convertirse en mariposas de luz y mensajeras de la verdad!

La jóven escritora que tanto enojo ha causado á los semanarios tortosinos, es casada y madre; por razon natural educará á sus hijos dentro del credo racionalista; así es que cada mujer libre pensadora representa una gran suma de progreso, porque de ella brota una nueva generacion.

Ya era tiempo que se levantara la fábrica grandiosa de la civilizacion universal, y que la mujer comprendiera, que su casa, que su hogar es *el mejor convento*.

AMALIA DOMINGO Y SOLER.



## LOS CONVENTOS MIRADOS CON EL TELESCOPIO DE LA RAZON.

En el número 8 de *El Látigo*, periódico humorístico que ve la luz en Tortosa correspondiente al 28 de Abril del presente año, hemos visto un artículo de D.<sup>a</sup> Matilde Fernandez de Rás, titulado «De la vida monacal», el cual leimos detenidamente, sin hablar en él otra cosa que un cúmulo de verdades entresacadas de la historia y sabidas con más ó ménos certeza por todos los séres algo pensadores que, ávidos de luz, no se cansan jamás de desenvolver los múltiples misterios que la hipocresía de algunos ha sabido velar cuidadosamente á los ojos de los ignorantes: así es, que al terminar su lectura no pudimos menos de exclamar: ¡Tiene razon la articulista!

Y tanto es así que, los frailes hacen votos de pobreza y, sin embargo, lo pasan mejor que muchos ricos; su miseria, es aparente, y su riqueza, positiva; pero esta última, queda oculta en esos suntuosos edificios cerrados á las miradas del vulgo, el cual tiene que conformarse con lo que los reverendos padres quieran decirle, si se exceptua el que, algunas veces, providencialmente, se descubren ciertos abusos é intrigas que son los que han dado, dan y darán margen á las grandes inteligencias, amigas del bien de la humanidad para escribir cuantiosos volúmenes, los cuales han arrancado á muchos infelices de las garras del fanatismo, hácia unos hombres que predicán la caridad, la pobreza, la continencia y la humildad, cuando ellos poseen el egoismo por excelencia, una ambicion desmedida por acaparar riquezas, la incontinencia en todo aquello que les conviene y se les antoja, y andan muy léjos de la humildad, toda vez que son los primeros que osan imponerse en todas las conciencias.

Estas fueron nuestras reflexiones de entónces; y nada habríamos dicho sobre el particular, si no hubiera llamado nuestra atencion una indecorosa *Protesta*, pues otro nombre no merece, publicada por *El Semanario de Tortosa* del 30 de Abril último, la que, sin aducir ningun razonamiento lógico, trata á D.<sup>a</sup> Matilde de un modo grosero é impropio de personas que representan la mismísima mansedumbre.

*El Correo de las Familias*, otro semanario, ultramontano como lo es el primero, y en la misma fecha, dedica también un suelto á dicha articulista, y en su entusiasmo, casi desesperado, la llama: ¡*Desgraciada!* y dice que, á dominar las ideas de la mencionada escritora, la mujer volvería al mismo estado de que la sacara el cristianismo; no constituiría mas que un mueble de lujo y recreo, que se arrojaría muy léjos tan luego como se presentase el hastio.

Al leer tan pobres argumentos, hemos tenido lástima de quien los ha dictado; y aunque somos muy pequeños en la república de las letras, vamos á conmover tan frágil edificio de errores, con cuatro palabras basadas en la razon, la verdad y la justicia.

No vamos á defender personalidades, porque esto, para nosotros, tiene muy poca importancia; pues, atacar á un escritor público con más ó ménos saña, y más si pertenece al sexo débil, es cosa que estamos acostumbrados á verlo, puesto que constituye una de las

misérias que existen en la tierra; máxime cuando la víctima profesa ideales avanzados y tiene que habérselas con enemigos dignos de figurar en la Edad Media por su atraso en toda clase de conocimientos, si se exceptua el fanatismo y la hipocresía: por esto repetimos, que no nos ocuparemos en defender personalidades, y si solo en destruir las ilógicas observaciones de los semanarios mencionados que gritan desaforadamente, ya que sus débiles conciencias se resienten de que el progreso de la razón divulgue los abusos cometidos á la sombra del cristianismo.

La religion cristiana, ha sido, sin duda, la creencia mas hermosa que ha penetrado en la tierra; pero no esa religion falseada por los hombres, sino la religion primitiva, la que Cristo implantó por medio de su evangelio, y la que practicaban los primeros cristianos como, Asturio y Valerio, que, envueltos en una fé ardiente y sincera y de un amor puro hacia la doctrina de Jesús, salvaron de una muerte segura á Neron, su propio verdugo, perdido en las catacumbas de Roma, puesto que despues y por su orden, fueron sacrificados en el Monte Esquilino en recompensa de su generosidad. La generalidad de los frailes y monjas del presente siglo, distan mucho de tanta abnegacion, y para ello, daremos nuestras razones.

Aparte de lo que nos dice la historia, que no es poco, y que á todas horas se puede probar, demostraremos filosóficamente lo que son los conventos de ambos sexos en su esencia, esto es, vistos á través de la ignorancia, y mirados analíticamente con el telescopio de la razón; pues ella solamente es la que, á manera de radiante luz, penetra en las inteligencias para que estas dilucidan lo verdadero de lo falso.

Un convento, a los ojos del mundo ignorante representa un paraiso en donde unos cuantos hombres ó mujeres viven completamente entregados á las mas altas virtudes y á la mas escrupulosa práctica de la religion, trasformándose en ángeles por medio de la oracion. La ignorancia, terrible enemiga del progreso, es la síntesis de la indolencia que, por no tomarse el trabajo de investigar y escudriñar las cosas, vive del rutinarismo y cree cuanto escucha, por absurdo que sea, toda vez que su mismo atraso, la hace ver todo con los colores de la realidad, no siendo otra cosa, que los cárdenos colores de la más vana ilusion.

Los ignorantes, no ven en los conventos mas que á una coleccion constante de *santos* y *santas* ó especie de seres consagrados al Señor, que ruegan sin cesar por toda la humanidad; los cuales segun las leyes establecidas por la Iglesia, tienen el privilegio de que sus oraciones sean mas atendidas que las de otro ser cualquiera, porque ellos están casi siempre en *gracia* de Dios; además, el vulgo ignorante, cree de buena fé que en los conventos reina una armonía celestial, y que no se conoce ninguno de esos vicios como la envidia, el orgullo, el egoismo, la calumnia, el espionaje y la murmuracion; y como quiera que los ignorantes son crédulos, y de la credulidad al fanatismo, no hay mas que un paso, sucede que, esos dos agentes, enemigos del progreso, son el arma invencible de las comunidades religiosas que, con su aparente virtud, salvo algunas excepciones, han sabido sostener la ignorancia de los pueblos, especialmente en la mujer, por ser esta la que constituye la base principal de los adelantos, y han dicho: «La mujer no debe entrometerse jamás en cosas de religion, porque analizar esta, es querer saber tanto como Dios, y, la Iglesia, no permite estos abusos, pues quien esto hace, es un loco que quiere escalar el cielo, un *impio* que no tiene fé ciega en lo que dicen los *Santos Padres* de la Iglesia y un herético que la religion arroja de su seno por medio de la *santa* excomunion: así, pues, mujer cree y haz creer á tus hijos lo que el confesor te ordene, porque él es el representante de Dios y tiene ámplios poderes para hacer y deshacer á su antojo; no indagues, no estudies, no despiertes nunca en deseos de saber, porque esto es pernicioso para tu sexo; cose y reza, ó mejor dicho, sé siempre la esclava del hogar y del fanatismo; he ahí tu gran mision; y cuando tropieces con esos *malditos* de Dios que quieran te impongas en toda clase de conocimientos, no les escuches: deja el mundo y retírate á uno de esos *sagrados recintos*, para adorar eternamente al Señor.»

Y por medio del púlpito y el confesionario, el fraile y el jesuita, han pintado la vida monacal como una antorcha de la perfeccion y una de las glorias mas sublimes de la religion; y la mujer, débil y sencilla, fascinada por la magnificencia de esos cuadros descritos con maña delusoria, ha aspirado, sin saberlo, un veneno activo que ha inculcado de igual modo á la familia; y así la ignorancia alimentándose del fanatismo y este de la ignorancia, han dado por resultado que, la mayoría de las inteligencias, sumidas en el atraso á viva fuerza, solo han visto en los conventos, escaleras fáciles y directas para llegar al cielo en poco tiempo.

Estos son los conventos vistos, aunque á grandes rasgos, á través de la ignorancia; escudriñémoslos ahora con el telescopio de la razón, que este, sin duda, nos acortará las distancias y nos allanará las sinuosidades del error, por mas que en nuestro escrutinio, tengamos que ser breves á causa del corto espacio que nos permite un artículo.

Un convento, ya pertenezca á uno ú otro sexo, es la síntesis del estacionamiento moral y material: en ellos, habitan seres de iguales condiciones que los demás, que están sujetos, como todo, á las leyes naturales que rigen en el Universo. El hombre ó la mujer que se concreta á esa vida monótona del claustro donde todo parece que agoniza porque todo es tétrico y sombrío, lo mismo el traje que les cubre, como el canto que salmodian y el trato místico que usan con los visitantes, aunque estos pertenezcan á su misma familia, ó son unos pobres ignorantes que no comprenden la gravedad del paso que van á dar, ó son los egoistas por excelencia que no quieren conceder el mas pequeño consuelo á la hu-

manidad; pues, desde el convento, no se puede cuidar al padre, á la madre, al hermano y ni al amigo: la familia, para ellos, es un mito: ya puede aquella morir de inanición por el encierro de uno de sus individuos, que el fraile ó la monja, petrifican su corazón para que no se evapore ninguno de esos afectos tan puros de familia: sus labios murmurarán una oración, y he ahí todo el atributo que esa clase de prisioneros, por voluntad unos y por fuerza otros, rinden á la familia.

Por otra parte, los conventos, son unas sanguijuelas constantes de la sociedad; y en la nación donde existen muchos, no hay más que miseria, pues todos los grandes capitales van á parar á esas *santas casas*, en las que no se carece de nada, mientras á multitud de familias obreras les falta todo para poder vivir con estrechez: nadie tiene tanta argucia para despojar de sus bienes á las familias ricas, como las comunidades religiosas: siempre con las hipócritas frases de que hacen voto de pobreza, que se desprenden de los bienes materiales y que estos deben consagrarlos á Dios para salvar el alma, van catequizando á los crédulos é ignorantes que, imbuidos de una fé ciega en las palabras del fraile, y por miedo de no ir al *infierno* á arder por toda una eternidad, legan graciosamente á los conventos sumas considerables que llenan de inefable gozo á esos *santos* varones que tienen por lema la pobreza; y tanto es así, que se humillan á pedir una limosna públicamente, para demostrar que son pobres de solemnidad; pero, con la sola diferencia, que son mendigos especiales, puesto que no admiten un *pedazo* de pan, mientras que solo quieren dinero, arroz, habichuelas, huevos, ú otras especies análogas, que al menos se puedan guardar; aunque con preferencia, el dinero, por ser el que mejor se puede conservar. Y así sucede, que, como saben pedir políticamente, siempre cuentan con sobrados recursos para edificar, no conventos, sino palacios donde nada falta á los *infelices* que allí se albergan; y no es esto solo, sino que, no contentos con incautarse ocultamente de cuantos bienes están á su alcance, procuran sostener y fomentar en lo posible el fanatismo religioso, entre sus adeptos, para que estos no despierten nunca del error y les sirvan de baluarte en sus grandes hecatombes, producidas siempre por la rápida carrera del progreso.

Ahora bien; ¿esas agrupaciones de ambos sexos encerrados constantemente en un edificio más ó menos suntuoso y sin otro objeto que el de amar y servir á Dios, ¿son útiles á la sociedad?

El adelanto del presente siglo, el progreso moral que á manera de exuberante llama penetra en las grandes inteligencias, y á la misma razón nos dice, que no solo no son útiles, sino que son una barrera que separa á la generalidad de las familias de la realidad de las cosas, y las sume en el mayor embrutecimiento.

Los conventos, salvo muy raras escepciones, son un verdadero foco de imperfecciones, donde las pasiones se sublevan con más facilidad, á consecuencia de la ociosidad y el espíritu egoísta que allí reinan: ellos han sido los centros en que se han fraguado las mayores conspiraciones, suscitando los grandes cataclismos sociales donde los pueblos han sucumbido víctimas de un despotismo cruel: ellos han segregado á la mujer de la familia por medio de un exagerado misticismo, excluyéndola del trato social; pero imponiéndola el trato íntimo con su director espiritual, como un privilegio exclusivo: han atrofiado su inteligencia, se han hecho dueños de su conciencia y han destruido sus más bellos sentimientos; y finalmente, los conventos, han sido, son y serán mientras subsistan, un impuesto gravoso para una nación, puesto que todo lo acaparan; en cambio, cuando el pueblo se muere de necesidad, ellos le dan una mísera sopa para mostrarle su excesiva piedad, que aquél, en su ignorancia, acepta y bendice, sin comprender que ha sido astutamente envuelto en la miseria, para poder hacer más ostensible su caridad.

Después de esto, y mucho más que podríamos enumerar, añadiremos que, para ser buenos y virtuosos, no hay necesidad de habitar esas *doradas cárceles* donde pierden un tiempo precioso que podrían aprovechar con más utilidad de sus semejantes, invirtiéndolo en el trabajo constante de los diferentes ramos del saber humano ó creándose una familia digna y laboriosa: nosotros creemos, que el trabajo es el patrimonio del hombre, y que éste debe emplear las horas de su existencia, mejor de como suele hacerse en los conventos; porque en éstos, son muy pocos los que cumplen como buenos, ya que, la mayoría, se escudan con la religión para cometer mil abusos y esparcir otros tantos errores.

La vida del claustro, esa vida contemplativa y monótona en la que el ignorante ve un cielo permanente y el fanático un sinnúmero de maravillas, la RAZÓN, sólo ve una vida estúpida, sin afecciones que la embellezcan ni sacrificios que la sublimen; y esa mortificación del cuerpo que existe como una ley precisa á la más relevante virtud, es uno de los **mayores** absurdos fecundados por el fanatismo, síntesis del ilotismo.

Los hombres ó las mujeres que ingresan en los conventos llevados de su buena fé y creyendo que allí todo es virtud, suelen ver al poco tiempo trocados en amargos desencantos sus más doradas ilusiones; y entonces, si la rectitud se halla incrustada en su alma, no rompen sus votos por no escandalizar á la sociedad ni divulgar faltas que, en su elevado criterio, ocultan como uno de los medios más prudentes; pero éstos seres que tan brillante concepto se habían formado de la vida monástica, al ver su desencanto, al ver que cuanto allí se practica está muy lejos de responder á sus nobles aspiraciones, viven muriendo porque ven lo que no habían imaginado, y porque, sus espíritus de justicia y de verdad, no pueden ver con indiferencia la exageración de los milagros, las supercherías de que se valen para acrecentar sus rentas, ni otras mil reseñas históricas que no citamos por no ofender á la moral.

Generalmente, los seres virtuosos que en un momento de impremeditación penetran

en esos *presidios del alma*, son las víctimas que sucumben al peso del despotismo y del ódio de los demás individuos que forman la comunidad; pues basta ser justiciero y no amoldarse á la hipocresía de esos recintos de intriga, para ser malquisto y despreciado.

Pero son tantos y tantos los viles manejos que se elaboran en esos ófricos edificios, que no es fácil, al mundo ignorante, penetrar en su *oscuridad* sin fin; y únicamente el sér pensador, ese obrero incansable de la civilización, que todo lo analiza por medio del estudio práctico y que todo lo pesa con la balanza de la razón, es el que tiene la doble vista y el que se abre paso ante esas conciencias amuralladas de egoísmo ó espejos de doble fondo, que sólo muestran á la faz del Universo la parte que más les conviene. Así es, que, la ignorancia, siempre verá en los conventos á la mismísima virtud, calumniada y vituperada por los impíos enemigos de la religión; pero la razón, que es la antorcha de la ilustración, ve la deformidad de sus pasiones, lo gastado de sus ideales, la nulidad de sus fundaciones, la pobreza de sus argumentos, la esclavitud de las conciencias, el estacionamiento de la instrucción y el mas inicuo impuesto de las familias, puesto que se hacen dueños de sus riquezas y de sus hijas.

Y para terminar, diremos: que amamos el progreso indefinido; y como este es el gran telescopio de la moderna civilización, con el cual acostumbramos á mirar los asuntos trascendentales, como es el que nos ocupa, hemos visto que, los conventos son sepulcros blanqueados por fuera y llenos de putrefacción por dentro; por cuya circunstancia, huimos de ellos como perniciosos á la salud física y moral y nos lanzamos en pos de la razón, para con ella, purificar la atmósfera de tantos abusos cometidos á la sombra de la religión; advirtiéndolo, que estamos dispuestos, siempre que así lo deseen, á refutar por medio de la prensa y basándonos en la sana filosofía de la razón, cuantos argumentos antepongan á lo que llevamos dicho; pues nuestro lema es, VERDAD y JUSTICIA.

CÁNDIDA SANZ.

---

## A JOSEFA MARTINEZ.

---

### LA CIEGUECITA DE LA CANTERA.

---

El alma no muere, dice el Espiritismo; y nosotros basados en esa consoladora creencia que ha fortalecido nuestras almas devolviéndoles la fé perdida por el misticismo religioso, decimos hoy: tu alma vive, Josefa querida, y el espíritu que ayer animaba tu materia, se cierne hoy libremente en el espacio; quizás te halles entre nosotros, porque nuestro espíritu que simpatizó con el tuyo, sin duda por habernos ántes conocido allá en el espacio, puesto que aquí no tuvimos el gusto de estrechar nunca tu mano, te evoca continuamente, deseando oír una vez mas la armonía que tu espíritu, inspirado por séres elevados (tus protectores ultra-terrenos,) ha esparcido en esta pequeña Isla y hasta mas allá del Occéano, y que siempre ha hecho nacer en nuestra alma una esperanza, ya que no podríamos decir una ilusión porque esta muere al nacer, triturada por manos impías que nuestro mundo todavía alimenta. ¡Dichosa tú, hermana mia, que has podido dejar tu cárcel despues de haber sufrido con resignación tu prueba! ¡Dichosa tu, que al abandonar tu traje hecho girones por las vicisitudes de la vida, has hallado otro entretegido por tus virtudes! ¡Flor solitaria que has crecido en el árido desierto de la tierra en donde el frío del egoísmo hiela; en donde el calor de las pasiones mata; en donde la hipocresía de la generalidad de los hombres destroza el corazón y hace perder al espíritu la calma! Tú, que has posado tu planta en este suelo cubierto de cieno, y que has pasado la juventud sumida en solitaria morada, faltándote hasta el beso de una madre casta, privada de las caricias de ese sér, vida de nuestras vidas, que dá la suya nutriendo la nuestra; que se desvela sin cesar por atender á nuestros mejores caprichos; que sorprende en nuestros lábios la primera sonrisa, que seca nuestras lágrimas con el calor de sus besos. Tú que despues de haber experimentado tantas faltas, has tenido que soportar hasta la pérdida de la vista, de ese precioso órgano que tanto aprecia el hombre y que le extasia, y que sin embargo todo lo has sabido sufrir resignada, hasta que una mano amiga, uno de esos séres que vienen á esta tierra ha calmado un tanto tus dolores mitigando la pobreza (fantasma horrible que hiela el alma con su demacrado rostro,) un hombre que te hizo conocer la sábia y consoladora doctrina

espírita, contribuistes á desarrollar en tí esa mediumnidad que tanto bien ha difundido

Nosotros al admirar tu espíritu y tu vida pasada, con ojos de resignacion, reconocemos mas y mas nuestra pequenez y decimos con melancolia: ¡quién fuera como tú! ¡Cuán léjos estamos de asemejarnos! porque aquí las vicitudes de la vida nos alteran; los dolores del cuerpo nos agobian; y hastiados por completo de esa existencia monótona, en donde el espíritu solo goza ejerciendo la caridad, y donde cada flor está regada con lágrimas de sangre que, surcando por nuestro rostro, abrazan nuestro corazon, te evocamos y rogámoste que, si te es permitido, dejes llegar hasta nosotros una chispa del amor que embarga tu espíritu, para que, cuando dejemos esa existencia, si no nos asemejamos á tu espíritu, al menos podamos decir: algo hemos hecho! ¡no hemos perdido el tiempo!

Adios, Josefa amiga, espíritu simpático: hasta que vengas ó vayamos á reunirnos. Que sirva á tu familia de consuelo el saber que, mucho mejor que ayer, estás hoy respirando el aire libre del infinito, embalsamado con la esencia divina con la que alguna vez podrás reanimar otras almas, para enseñarlas á progresar viviendo y esperando resignadas la hora de la desencarnacion!

SIMPLICIA ARMSTRONG.

Humacao.

## NOS ACERCAMOS.

A LA SEÑORA DOÑA AMALIA DOMINGO Y SOLER.

Nunca te he visto! más tus acentos  
Ocultas fibras hacen latir,  
Brotando dulces los pensamientos  
Si nos revelas tus sentimientos  
En la *Luz* bella *del Porvenir*.

Allí te admiro como tu eres,  
Génio fecundo de inspiracion!  
Y pues tu enseñas á las mujeres,  
Esa *doctrina* que tu prefieres  
Preludio santo de Redencion

Justo que admitas la que tu huella  
Con rauda paso siguiendo vá,  
Astro radiante que luz destella,  
Tu de mi noche polar estrella  
Que al infinito me llevará.

Así no estrañes, que nuestras almas  
Se puedan tiernas comunicar  
Entrelazadas como las palmas,  
Cuando te escucho, tú solo calmas  
Mis horas tristes de hondo penar.

Tu voz rasgando la densa bruma  
Aquí en mi oído repercutió,  
Llegaste hollando mares de espuma,  
Nunca la duda fatal me abrumba,  
Porque á tu influjo la sombra huyó.

Tu despertaste mi inteligencia  
Al sentimiento de caridad:  
Tú me mostraste la oculta ciencia,  
Y libertaste á mi conciencia

Habana, Marzo 31, de 1882.

Iluminando mi oscuridad.

Rasgando el velo de mis errores  
Tú me enseñaste dónde está Dios;  
Lo veo en el prado lleno de flores,  
En los arroyos murmuradores,  
Y cuando vago del bien en pos.

Son los altares la creacion  
Del Sér eterno todo bondad;  
Allí se eleva mi corazon,  
Pues me dijiste que la oracion  
Redimir puede la humanidad.

Y yo que sigo tus enseñanzas  
Trás de los mares ruego por tí,  
¡Dá á este planeta tus esperanzas!  
Y esas ideas de luz que lanzas  
En suaves brisas lleguen á mí.

Que el pobre lauro que yo consiga  
Para tus sienes te ofreceré,  
Y será el lazo, mi dulce amiga,  
Que nuestras almas distantes liga  
Lazo sagrado de gloria y fé.

Si hoy estoy léjos de donde moras,  
Y entre esperanzas y amor sonries  
Sabes, Amalia, que á todas horas  
Lágrimas vierto cuando tu lloras,  
Y mi alma goza cuando tu ries.

ANA MARIA CABRERA DE CORNET